



Hay dos iguales y eternas maneras de mirar este crepuscular mundo nuestro: podemos verlo como el crepúsculo de la tarde o como el crepúsculo de la mañana; podemos pensar en cualquier cosa, hasta en una bellota caída, como descendiente o como antecesor. Hay veces en que estamos ensi abrumados, no tanto con la carga de la maldad como con la de la bondad de la humanidad, cuando sentimos que no somos más que los herederos de un esplendor humillante. Pero hay otras ocasiones en que todo parece primitivo, cuando las antiguas estrellitas no son más que chispas salidas de una fogata de muchacho, cuando toda la tierra parece tan joven y experimental que hasta el pelo blanco del anciano, en la exquisita frase bíblica, es como almendros en flor, como el albo espino dado en mayo. Que es bueno para un hombre comprender que él es "el heredero de todo el pasado", suele decirse; punto menos popular, pero de mucha importancia, es que a veces le resulta bueno comprender que no es solamente antecesor, sino también antecesor de prístina antigüedad; resulta bueno para él preguntarse si no es acaso héroe, y experimentar ennobecedoras dudas sobre si no es acaso mito solar.

Los asuntos que más cabalmente evocan este sentido de la perdurable infancia del mundo con los realmente nuevos, bruscos y originales de cada edad, y si nos preguntásemos cuál fue la mejor prueba de esta intrépida juventud en el siglo XIX, diríamos, con el mayor respeto por sus portentosas ciencias y filosofías, que ella habría de encontrarse en los versos de Mr. Edward Lear y en la literatura del desatino. El *dong de nariz luminosa*, por lo menos, es original, como fueron originales el primer buque y el primer arado.

Es verdad en cierto sentido que algunos de los más grandes escritores que el mundo ha visto - Aristófanes, Rabelais y Sterne - han escrito desatinos; pero, a menos que nos equivoquemos, es en sentido muy diferente.

El desatino de esos hombres era satírico, es decir, simbólico; una especie de exuberante cabrioleo alrededor de una verdad descubierta. Existe la mayor diferencia del mundo entre el instinto de la sátira, que, viendo en los mostachos del káiser algo típico de él, se los dibuja cada vez más grandes, y el instinto del desatino, el cual, por ninguna razón absolutamente, imagina cómo le quedarían esos mostachos al actual arzobispo de Canterbury si se los dejara en un acceso de abstracción. Nos inclinamos a pensar que ninguna edad que no fuera la nuestra podría haber comprendido que el *Quangle-Wangle* no significaba absolutamente nada, y que las Tierras de los Bollitos no estaban en ninguna parte. Nos imaginamos que si la narración del juicio de la Sota en *Alicia en el país de las maravillas* se hubiera publicado en el siglo XVII, habríase igualado al *Juicio del fiel* de Bunyan, como parodia de las persecuciones del Estado en esa época. Nos imaginamos que si *El dong de la nariz luminosa* hubiera aparecido en el mismo período, todos la habrían supuesto una insípida sátira sobre Oliverio Cromwell.

Es del todo deliberado que citemos principalmente de los Versos desatinados de Mr. Lear. A nuestro parecer Mr. Lear es cronológica y esencialmente el padre del desatino; lo consideramos superior a Lewis Carroll. En un sentido, por cierto, Lewis Carroll lleva gran ventaja. Nosotros sabemos qué era Lewis Carroll en la vida cotidiana: un caballero singularmente serio y convencional, universalmente respetado, pero con mucho de pedante y algo de filisteo. Así, su extraña doble vida en la tierra y en la región de los sueños acentúa la idea que está en el fondo del desatino: la idea de *evasión*, de evasión hacia un mundo donde las cosas no se hallan horriblemente fijadas en una eterna justeza, donde los perales dan manzanas y cualquier hombre raro con que uno se cruce puede tener tres piernas. Lewis Carroll, viviendo una vida en la cual habría tronado moralmente contra cualquiera que caminara sobre la parcela de hierba que no le correspondía, y otra vida en la cual habría llamado con alegría verde al sol y azul a la luna, era, por su misma índole dividida, con un pie en cada uno de los dos mundos, un tipo perfecto de la posición del desatino moderno. Su país de las maravillas es una región poblada por matemáticos locos. Sentimos que todo es evasión hacia un mundo de mascarada; sentimos que su evasión hacia un mundo de diáfrases, habríamos de descubrir que Humpty Dumpty y la Liebre de Marzo eran profesores y doctores en teología disfrutando de un feriado mental. Este sentido de la evasión resulta sin duda menos enfático en Edward Lear, a causa de lo completo de su ciudadanía en el mundo de la sinrazón. No conocemos su prosaica biografía como conocemos la de Lewis Carroll. Lo aceptamos como figura puramente fabulosa, según la descripción que hace de

sí:

Su cuerpo es perfectamente esférico y lleva un sombrero de tres cuernos.

Mientras que el país de las maravillas de Lewis Carroll es puramente intelectual, Lear introduce otro elemento del todo diferente: el elemento de lo poético y hasta emocional. Carroll trabaja con la razón pura, pero éste no es contraste tan fuerte; porque después de todo la humanidad, en general, siempre ha considerado la razón como un poco de chanza. Lear introduce sus palabras faltas de sentido y sus criaturas amorfas no con la pompa de la razón, sino con el romántico preludio de ricos matices y obsesionantes ritmos.

Lejanas y escasas, lejanas y escasas, son las tierras donde moran los jumbles,

es un tipo de poesía por entero diferente al exhibido en *Jabberwocky*. Carroll, con sentido de pulcritud matemática, hace de todo su poema un mosaico de palabras nuevas y misteriosas. Pero Edward Lear, con sutil y plácida desfachatez, está siempre introduciendo migajas de su dialecto de duendes en medio de relatos simples y racionales, hasta que quedamos poco menos que pasmados al comprobar que sabemos su significado. Hay un genial campanilleo de sentido común en versos como éstos:

Porque su tía Jobisha decía: "Todos saben que es mejor un Pobble cuando le faltan los dedos de los pies..."

lo cual está más allá del alcance de Carroll. El poeta parece tan natural en el asunto, que casi nos mueve a pretender que comprendemos lo que quiere decir, que conocemos las peculiares dificultades de un Pobble, que viajamos hace tanto tiempo como él por la "llanura gromboliana".

Nuestra pretensión de que el desatino es una nueva literatura (casi podríamos decir un nuevo sentido) sería por completo indefendible si el desatino no fuese nada más que simple capricho estético. Nada sublimemente artístico ha surgido nunca del mero arte, nada más que algo en esencia racional ha surgido nunca de la pura razón. Siempre debe haber un rico terreno moral para cualquier gran producción estética. El principio de *el arte por el arte* es muy buen principio si significa que existe una vital diferencia entre la tierra y el árbol que tiene sus raíces en la tierra; pero es muy mal principio si significa que el árbol puede crecer también con las raíces en el aire. Toda gran literatura ha sido siempre alegórica de alguna visión del universo entero. *La Iliada* es grande sólo porque toda la vida es un combate, *la Odisea* porque la vida es un viaje, *el Libro de Job* porque toda la vida es un enigma. Existe una actitud en la cual pensamos que toda la existencia podría resumirse en la palabra *espectros*; otra, algo mejor, en la cual pensamos que se resume en las palabras *sueño de una noche de verano*. Hasta el melodrama o novela policial más vulgares pueden ser buenos si expresan algo del goce que se siente al pensar en posibilidades siniestras: el saludable anhelo de oscuridad y terror que puede invadirnos cualquier noche al caminar por una calle oscura. Por ello, si el desatino va a ser realmente la literatura del futuro, tiene que ofrecer su versión propia del cosmos; el mundo no debe ser sólo lo trágico, lo romántico, lo religioso, debe ser también lo desatinado. Y aquí nos imaginamos que el desatino, de modo sumamente inesperado, vendrá en ayuda de la visión espiritual de las cosas. La religión ha estado tratando, por espacio de siglos, de hacer que los hombres se regocijen en las maravillas de la creación; pero ha olvidado que una cosa no puede ser por completo maravillosa en tanto que continúe siendo lógica. Mientras consideremos un árbol como cosa obvia, natural y razonablemente creada para alimentar a una jirafa, no podemos maravillarnos cabalmente de él. Cuando lo consideramos como prodigiosa ola de la tierra viviente, que se alarga hacia los cielos sin ninguna razón particular, sólo entonces nos quitamos el sombrero, para sombrero del guardián del parque. Todo tiene en realidad otra cara para él, como la luna, hada madrina del desatino. Visto desde ese otro lado, un pájaro es flor desprendida de la cadena de su tallo; un hombre es cuadrúpedo mendigando sobre sus patas traseras; una casa es sombrero gigantesco para proteger a un hombre del sol; una silla es aparato de cuatro piernas de madera para un tullido que sólo cuenta con dos.

Ésta es la faz de las cosas que tiende más realmente al asombro espiritual. Es significativo que en el más grande poema religioso que se ha creado, *el Libro de Job*, el argumento que convence al infiel no sea (como lo ha representado el fariseísmo meramente racional del siglo XVIII) un cuadro de la ordenada caridad de la creación; sino, por el contrario, un cuadro de su enorme e indescifrable falta de razón. "¿Tú has hecho llover sobre el desierto donde no hay hombres?" Esta simple sensación de maravilla ante las formas de las cosas, y ante su exuberante independencia de nuestras normas intelectuales y de nuestras triviales definiciones, es la base de la espiritualidad, y también del desatino. Desatino y fe (por extraña que pueda parecer la conjunción) son las dos aseveraciones simbólicas de la verdad de que sondear el alma de las cosas con un silogismo es tan imposible como sondear a nuestro Levitán con un anzeulo. La bien intencionada persona que, por el mero estudio del lado lógico de las cosas, ha decidido que "la fe es desatino", no sabe con qué precisión habla; más tarde puede

Defensa del desatino

volver a él bajo la forma de que el desatino es fe.

Toda gran literatura ha sido siempre alegórica de alguna visión del universo entero. La Iliada es grande sólo porque toda la vida es un combate, la Odisea porque la vida es un viaje, el Libro de Job porque toda la vida es un enigma.

GILBERT K. CHESTERTON. (Inglaterra 1874 - 1936) Renovó la novela, la crítica, la biografía y las ficciones policíacas. Algunas de sus obras son: "El candor del padre Brown", "El ojo de Apolo", "Santo Tomás de Aquino" y "Ortodoxia". Jorge Luis Borges solía decir. La literatura es una de las formas de la felicidad; quizá ningún escritor me haya deparado tantas horas felices como Chesterton.